

de un Artie Shaw, por la celebridad de estas orquestas, se venden muchos más que los de Lionel Hampton o de otros conjuntos que, sin embargo, le son infinitamente superiores».

Esto da a entender que la mayoría se deja arrastrar por una sencilla combinación de notas sin puro estilo y sólo entienden que una canción con refrán y una orquestación pegadiza tienen mucha más aceptación que una meritoria interpretación del más puro sentimiento negro. Pero tal como decía antes, son precisamente esta clase de discos los que quedan en un rincón aparte, después de pasada la euforia del momento, o sea el de la novedad sin ambiciones.

Una mayoría de los que opinan que el «jazz» sólo tiene un aliciente como espectáculo para divertirse, se dejan pasar por otro lado y de un modo tan fugaz, sin precisión posible, toda una serie de bellas melodías auténticas de puro estilo... y que no se llegue el caso de preguntarles por los buenos músicos que vanaglorian la música de «jazz», porque efectivamente, nada saben de ellos.

Si muchos se hubieran tomado la molestia de poner los puntos sobre la íes, sobre el verdadero significado del «jazz», ya se hubieran interesado por un «Tu grato recuerdo» de Lionel Hampton o un «The Jumpin's jive» del mismo formidable maestro del vibráfono—pongamos como ejemplo—y entonces, creo que hubieran llegado a comprender, de que modo ha podido interesar y al mismo tiempo vivificar la emoción y la comprensión de todos aquellos que aceptamos el valor y

el arte de la música espiritual y exacerbadora de la raza negra.

Por eso, los que encontramos que el tiempo no es mella para hacernos olvidar las claras expansiones de la música de «jazz», siempre perduran en nuestra memoria interpretaciones tan dignas de ser escuchadas ahora, como en el primer día en que tuvieron la fortuna de ser lanzadas al mundo. Nadie ha olvidado aquel «Dinnah» de Thomas «Fats» Waller, ni aquella típica categoría de «Star Dust» de Benny Carter, ni «Estibador» de Duke Ellington, ni de «That's my home» de Louis Armstrong, ni tampoco una de las perfectas realizaciones del mismo Duke, «Moon glow».

Y amigos, creo no equivocarme si afirmo que han pasado muchos años desde entonces. Y si llegamos a profundizar más en este tema, hasta tengo el presentimiento en afirmar que el «Mi mayor error» de Duke Ellington tendrá una conservación perdurable, gracias al arreglo sombrío y típicamente sentimental que desde el principio hasta el fin nos tiene dominados. Será difícil de olvidar las participaciones que en todo el disco destacan de Barney Bigard y Juan Tizol. El saxo-tenor, se encuentra en su elemento de estilo y la exaltación con que le acompaña el trombón, justifica una de las melodías más típicas y sentimentales del «jazz» negro.

En un número de la Revista «Ritmo y Melodía» del año 1944, se hacía alusión de este disco, matizándonos con una frase toda expresión: «Ninguna voz humana — aún con la ayuda del verbo —